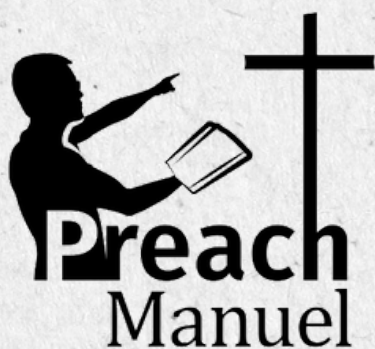




Comentario al
texto bíblico

LECCIONES
DE JOSUÉ
ACERCA DE
LA FE.

LA FÓRMULA DEL
ÉXITO

IV TRIMESTRE - 2025

DE SIERVO DE MOISÉS A SIERVO DE JEHOVÁ

El libro de Josué inicia con una transición fundamental: **“Aconteció después de la muerte de Moisés... que Jehová habló a Josué, hijo de Nun, servidor de Moisés”** (Josué 1:1). El texto subraya su identidad inicial: Josué no aparece como un héroe independiente, sino como “servidor de Moisés”. Sin embargo, este detalle no es menor, pues el relato mostrará cómo la historia de Josué es la de un **crecimiento espiritual** que culmina en el título supremo: **siervo de Jehová**, el mismo que distinguía a Moisés.

El cambio en su nombre refuerza esta transformación. Originalmente se llamaba Oseas, que significa “salvación”. Pero en Números 13:16 se nos dice: “Y a Oseas, hijo de Nun, le puso Moisés el nombre de Josué.” Según la tradición rabínica, la letra *yod* que se quitó del nombre de Saraí en Génesis 17:15 fue añadida a Oseas para formar Josué. Ese simple detalle no es casual: la *yod* es la primera letra del nombre de Jehová. Así, Oseas pasó de ser “salvación” a ser **“Jehová es salvación”**.

La Escritura nos enseña que el cambio de nombre no es cosmético, sino **un cambio de identidad y misión**. Sara dejó de ser “mi princesa” para convertirse en “princesa de las naciones”. De igual manera, Josué dejó de ser simplemente alguien que podía dar salvación humana para convertirse en instrumento del Dios que salva.



DE SIERVO DE MOISÉS A SIERVO DE JEHOVÁ

El significado de este cambio se hace aún más profundo al notar la raíz profética de su nombre. Josué debía guiar al pueblo a poseer la tierra prometida, cumpliendo parcialmente la promesa hecha a Abraham. Pero ese reposo en Canaán no era el definitivo. El autor de Hebreos explica: **“Si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día”** (Hebreos 4:8). El verdadero reposo no se encuentra en un territorio geográfico, sino en la comunión con Cristo.

De hecho, en hebreo y en griego, **Josué y Jesús comparten el mismo nombre:** *Yehoshua* o *Yesu*. Esto nos revela que la figura de Josué es un tipo del Mesías. Así como Josué condujo al pueblo a una tierra de herencia, Jesús es quien nos conduce al reposo eterno de la nueva creación.

Al final, Josué no es solo un personaje histórico, sino una **señal que apunta a Cristo**. El primero aseguró un cumplimiento parcial; el segundo nos garantiza el cumplimiento pleno. Josué nos recuerda que nuestra esperanza no depende de conquistas humanas, sino de la victoria de Jesús, el verdadero líder que nos llevará al reposo de su presencia.

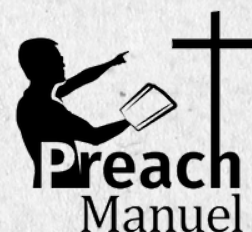


JOSUÉ, EL PASTOR DESIGNADO POR DIOS

La Escritura relata cómo Josué fue escogido como sucesor de Moisés. En **Números 27:12-13**, Jehová dijo a su siervo: *“Sube a este monte Abarim y verás la tierra que he dado a los hijos de Israel. Y después que la hayas visto, tú también serás reunido a tu pueblo, como fue reunido tu hermano Aarón.”* Moisés podría contemplar la tierra prometida, pero no entraría en ella. Allí surgía la necesidad de un nuevo líder que guiara al pueblo en su caminar.

Moisés, con plena conciencia de la responsabilidad, elevó esta petición: *“Ponga Jehová, Dios de los espíritus de toda carne, un varón sobre la congregación, que salga delante de ellos y que entre delante de ellos, para que la congregación de Jehová no sea como ovejas sin pastor”* (Números 27:16-17). El ruego de Moisés era claro: Israel necesitaba un guía que condujera su destino, alguien que cuidara al rebaño.

Esta expresión conecta con las palabras de Jesús siglos más tarde: *“Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor”* (Mateo 9:36). El paralelismo es evidente: **Josué es figura del verdadero Pastor, Cristo mismo**, quien no solo conduciría a Israel a Canaán, sino que guiaría a su pueblo hacia el reposo eterno.



JOSUÉ, EL PASTOR DESIGNADO POR DIOS

La respuesta de Dios fue inmediata: *“Toma a Josué, hijo de Nun, varón en el cual hay espíritu, y pondrás tu mano sobre él”* (Números 27:18). Josué fue presentado delante del sacerdote Eleazar y de toda la congregación, recibiendo el encargo de conducir al pueblo. Pero su liderazgo tenía una condición esencial: no era autónomo, sino **sometido a la dirección divina**.

El texto agrega: *“Él se pondrá delante del sacerdote Eleazar, y le consultará por el juicio del Urim delante de Jehová; por el dicho de él saldrán y por el dicho de él entrarán”* (Números 27:21). Esto significa que Josué, aunque reconocido como líder, debía depender del juicio de Dios manifestado a través del Urim y Tumim. Cada decisión —salir a la batalla o replegarse— debía estar respaldada por la voluntad del Señor.

De esta manera, Josué no era un caudillo independiente, sino un **instrumento de la salvación de Jehová**. El pueblo seguía al líder, pero el líder seguía la voz de Dios. Así, la designación de Josué anticipa la misión de Cristo: **el Pastor fiel que conduce a su pueblo conforme a la voluntad del Padre**, garantizando que la salvación no depende de estrategias humanas, sino del poder y la dirección de Dios mismo.

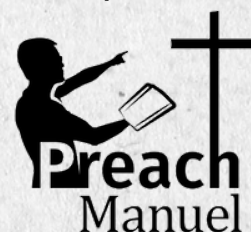


EL VERDADERO REPOSO PROMETIDO

Después de comprender la identidad y función de Josué, el capítulo 1 del libro que lleva su nombre nos conduce a una enseñanza más profunda. Allí leemos: *“Josué mandó a los oficiales del pueblo, diciendo: Pasad por en medio del campamento y mandad al pueblo diciendo: preparaos comida, porque dentro de tres días pasaréis el Jordán para entrar a poseer la tierra que Jehová vuestro Dios os da en posesión”* (Josué 1:10-11). El reposo que aquí se presenta está ligado a la conquista y posesión de la tierra prometida.

Josué también recuerda a las tribus de Rubén, Gad y la media tribu de Manasés: *“Jehová vuestro Dios os ha dado reposo y os ha dado esta tierra... hasta tanto que Jehová haya dado reposo a vuestros hermanos como a vosotros”* (Josué 1:13-15). Según este pasaje, el reposo se identificaba con la posesión de Canaán, cumpliendo parcialmente la promesa hecha por Dios. Esta idea se conecta con lo que Jehová había declarado a Moisés: *“Mi presencia irá contigo y te daré reposo”* (Éxodo 33:14). La tierra era señal del reposo, pero no su plenitud.

El Nuevo Testamento ilumina esta enseñanza. En **Hebreos 4:8** se nos dice: *“Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día.”* ¿Qué significa esto? Que el reposo que Josué otorgó al pueblo fue incompleto. Casi cuatrocientos años después, el salmista David seguía invitando: *“Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón”* (Salmo 95:7-8). Esto demuestra que la promesa de reposo iba más allá de Canaán.

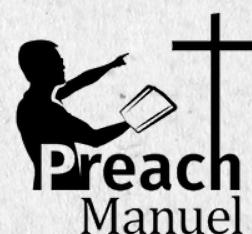


EL VERDADERO REPOSO PROMETIDO

El reposo verdadero no es meramente la tierra, sino **la misma presencia de Dios**. Hebreos nos conduce al trono celestial, donde Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, se ha sentado a la diestra del Padre como **precursor** (Hebreos 6:19-20). Ese término significa que Jesús entró primero para abrirnos el camino. Su reposo es el que nos asegura que no dependemos de la obra de Josué histórico, sino del ministerio eterno de Cristo.

Así entendemos que la promesa a Abraham no se limitaba a Palestina. Pablo declara en **Romanos 4:13** que la herencia de Abraham era “*el mundo*”, y Hebreos 2 la presenta como “*el mundo venidero*”. El reposo, entonces, es la comunión eterna con el Padre en una tierra renovada, donde **no habrá llanto, ni dolor, ni muerte**. Allí, bajo el árbol de la vida, las naciones serán sanadas y viviremos en perfecta paz con nuestro Creador.

Por lo tanto, **Josué anticipa al verdadero Josué: Cristo Jesús**, quien no nos lleva a un reposo terrenal y limitado, sino al reposo eterno de su presencia gloriosa.



LA PALABRA QUE GARANTIZA LA PROMESA

Cuando Dios confirma el llamado de Josué, le declara: “*Mi siervo Moisés ha muerto. Ahora, pues, levántate y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, a la tierra que yo les doy*” (Josué 1:2). El mandato “levántate” implica asumir el liderazgo, ejercer la función de príncipe y guía del pueblo, semejante a lo que se anuncia en Daniel 12:1: “*Se levantará Miguel*”, expresión que indica la toma de poder y gobierno. Así, el liderazgo de Josué se funda en la certeza de una promesa divina.

Dios afirma: “*Yo os he entregado todo lugar que pisare la planta de vuestros pies*” (Josué 1:3). Llama la atención el uso de un **perfecto futuro**: habla en pasado de algo aún no consumado. Esto subraya que **la Palabra de Dios lleva en sí misma el poder para cumplirse**. Si bien la incredulidad del pueblo podía limitar su cumplimiento parcial, en Cristo se asegura el cumplimiento total de la promesa en la herencia eterna. Como enseña *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 20: “*En cada mandamiento y en cada promesa de la Palabra de Dios se halla el poder, la vida misma de Dios, por medio de los cuales pueden cumplirse el mandamiento y la promesa.*”

Por eso, cuando Dios dice “*Yo os he entregado*”, no es un deseo incierto, sino una certeza garantizada por su carácter fiel. **Todas las promesas son sí y amén en Cristo Jesús** (2 Corintios 1:20).



LA PALABRA QUE GARANTIZA LA PROMESA

El llamado de Dios a Josué incluye una exhortación: *“Esfuézate y sé muy valiente para cuidar de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó”* (Josué 1:7). La verdadera prosperidad no dependía de estrategias humanas, sino de no apartarse de la Palabra de Dios. Pero ¿en qué consiste este esfuerzo? No se trata de que el ser humano obedezca primero para que Dios cumpla, porque **nadie puede obedecer por sí mismo**. Más bien, el pacto divino funciona así: Dios promete, el creyente oye y cree, y la misma Palabra, cargada de poder, produce obediencia en el corazón.

De allí la clave de Josué 1:8: *“Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él...”*. El verbo hebreo *hagá* significa murmurar, recitar en voz baja, repetir entre dientes. Meditar en la Palabra es interiorizarla, recitarla y dejar que ella misma transforme la mente y el carácter.

El esfuerzo verdadero consiste, entonces, en **llenarse de la Palabra**, confiar en sus promesas y permitir que Dios cumpla en nosotros tanto el querer como el hacer. Así, la prosperidad y la obediencia no nacen de la capacidad humana, sino del poder de la Palabra viva, que nunca cae a tierra vacía.

¡Que esta breve guía sea usada por Dios para edificarte!

